

# LOS LIBROS NUEVOS

---

VICENTE ALEIXANDRE. *Presencias* (Barcelona: Editorial Seix Barral, S. A., 1965) y *Retratos con nombre* (Barcelona: Colección de Poesía El Bardo, 1965).

El año de 1965 ha sido de excepcional interés en la ya copiosa e importante bibliografía aleixandrina. Dos nuevos libros del poeta aparecieron casi simultáneamente. Uno de carácter antológico, aunque bajo especial manera: *Presencias*; el otro, *Retratos con nombre*, recogiendo su poesía rigurosamente última, de la cual sólo algunas composiciones habían aparecido en publicaciones y revistas literarias.

*Presencias* es una selección mínima (61 poemas en total), espigada por el propio autor en su vasta obra y ejecutada sobre un criterio muy definido: rastrear en aquélla el desarrollo de una persistente tendencia a la objetividad que el mismo Aleixandre había notado como constante de su quehacer poético. Para ello ha escogido de todos sus libros (con excepción de *Pasión de la tierra*, prosas superrealistas escritas desde la más apasionada subjetividad) un grupo de textos donde a su juicio se realiza del modo más sustantivo la condición básica de la objetividad: que el poeta como tal desaparezca en cuanto sujeto del poema y que sean otras las *presencias* que se adelanten como objeto del tratamiento poético. Tal es, transcrito casi literalmente de la "Nota preliminar" del libro, el principio que ha inspirado y regido su organización. No se trata, por tanto, de una antología valorativa de calidades generales sino subordinada a un definido propósito rector; el cual, como podrá apreciarse, es de la mayor actualidad por sí mismo.

No habrá que acudir ahora a Max Scheler, que tanto énfasis ponía en la objetivación como fundamento esencial de la alta vida del espíritu, para comprender que el interés presente de Aleixandre por iluminar esa vena específica de su labor nos da la imagen de un poeta alzado críticamente a la mayor altura de su madurez humana y artística. Pero como por otra parte tal constante de objetividad coincide con una tónica general de la poesía de hoy, este esfuerzo suyo contribuirá notablemente a dejar bien destacados la alerta vigilancia y el perfecto y oportuno ajuste entre su personal evolución poética y el marco histórico-cultural en que aquélla se inscribe. En ese sentido la antología comentada es una buena prueba

de cómo su realizador ha venido a ser uno de los poetas más vivos de su generación, por cuanto atención honesta al signo de los tiempos (que por lo demás el propio Aleixandre ha ayudado a esclarecer con su trabajo creador) es señal indiscutible de vida plena y auténtica.

No se espere, sin embargo, que esas *presencias* se manifiesten por igual en un poema de *Ambito* ("Noche cerrada", por ejemplo), otro de *La destrucción o el amor* ("Las águilas"), de *Historia del corazón* ("El viejo y el sol") y de *En un vasto dominio* ("La sangre"). Se han nombrado, casi al azar, varios títulos de libros y poemas de Aleixandre que cubren más de 30 años de poesía española. Y de aquí viene otra utilidad de esta antología, que conviene apuntar aunque sea someramente: la posibilidad de constatar la evolución, tanto en tema como en revestidura expresiva, del concepto mismo de objetividad. Porque sólo abriendo éste de comprensiva manera se justifica y gana en valores el criterio selectivo tomado en cuenta por el poeta; y podría ahora ensayarse apretadamente una explicación al efecto.

Para los cuatro momentos sugeridos (que corresponden aproximada y sucesivamente a 1928, 1933, 1953 y 1962, fechas de publicación de los libros citados) cabría usar, simplificando los términos de manera tal vez excesiva, los siguientes calificativos matizadores, que atañen tanto al modo de entender en sí la objetividad como a su condicionada fórmula de expresión: abstracto-intelectual (en relación con el ideal de poesía pura de los años veinte), cósmico-emotiva (en análoga conexión con el superrealismo subsiguiente), histórico-realista (en armonía con la conciencia temporalista general de la poesía de posguerra) y físico-trascendente (o concreto-trascendente, o como se quiera: preténdese sencillamente indicar la objetividad buscada en una materia real pero trascendida, mas rehuendo adrede —por peligrosos— los derivados adjetivales del sustantivo *materia*) para la etapa última de la poesía de Aleixandre. Las calificaciones recién propuestas, es bien obvio, son controvertibles y hartamente duras: sirvan únicamente para aventurar de modo provisional un esquema, más bien un esqueleto de caracterización, que sólo una mirada detenida podría hacer convincente y efectivo al dotarle de cuerpo y flexibilidad.

De entrada, y ante su mero enunciado, se echa de ver que en tal esquema está faltando, entre otros posibles y más sutiles, un paso intermedio y fundamental: el que representa la asunción y mitificación de la existencia del hombre histórico que se da ya en *Sombra del paraíso* (1944) y el cual prepara suavemente, sin transiciones bruscas dentro del organismo vivo de esta poesía, el clima limpiamente historicista de la etapa inmediata posterior. En ese sentido, la sección III de *Presencias*, que es la correspondiente en esta selección a dicho libro de 1944, nos parece la

menos rica a los fines ilustrativos. Quizá Aleixandre haya llevado aquí a extremos la decisión original de evitar cualquier texto donde asomara aun tímidamente la menor subjetividad; pues no es imprudente admitir que poemas como "Criaturas en la aurora" y "Padre mío" (ambos de *Sombra del paraíso*) poseen el suficiente grado de objetividad, por tema y tratamiento, para tener no objetable cabida junto a las otras *presencias* y al mismo tiempo hubieran ejemplificado cabalmente esa fase que es como un gozne decisivo en la órbita del poeta: la atención al vivir humano concreto y real y a la vez su legítima mitificación poética, síntesis que hace del mencionado libro un eslabón hermosísimo e insalvable en la trayectoria de su autor.

Pero cualesquiera que sean los rótulos de que nos valgamos, ha de insistirse en que sólo tratando de percibir la evolución interior del principio que la preside, el de la objetividad, podrá esta antología rendir sus óptimos frutos. Y esto es válido tanto para la inteligencia del poeta mismo como de una dirección importante de la poesía de nuestro siglo. De lo contrario resultaría, por un lado, una muestra pequeña y muy parcial de una obra imponente en calidad, extensión y variedad; por el otro, la base misma se haría discutible si nos limitamos a lo que hoy día entendemos estrictamente por tal principio o concepto. Precisamente uno de los mayores méritos que hay que adjudicarle a *Presencias* es la de ofrecernos, en versión abreviada, una nueva lección de historicismo: nos permite recordar que todo lo humano —aun una perspectiva, un punto de vista: en este caso el designio de objetividad— es algo siempre evolutivo y circunstancial, o al menos así se le presenta al hombre en *cada* momento de su historia. Porque comparando los cuatro o cinco poemas indicados, aprendemos otra vez que cuando el poeta puro de entreguerras miraba hacia afuera buscando la realidad exterior, lo que veía y el correspondiente mecanismo de visión y expresión eran cosas bien distintas a sus equivalentes en el poeta totalizador del surrealismo o en el poeta historicista de hoy, no importa que todos ellos se llamen por igual Vicente Aleixandre.

*Retratos con nombre*, su otra entrega de 1965, tiene un directo antecedente en la sección *Retratos anónimos*, el último gran libro anterior del poeta. En él se había consumado la incorporación a la poesía de la materia humana y el tiempo, aprehendidos en la vinculación solidaria y fecunda de su fatal interacción. Empresa arriesgada, a los efectos del puro lirismo, de la cual había salido vencedor ese atleta de la lengua poética que es el autor de *La destrucción o el amor*. Casi al final de aquel libro, su pupila analítica se había demorado en presentarnos (en pares de gran tensión dialéctica temporal: un *óleo* situado en el pasado y una figura vista y captada en su *vida* presente) dos momentos o concreciones distan-

tes de esa realidad única que es la materia sometida al tiempo, los cuales se revelaban a la vez en su esencial continuidad mutua y en su histórica unicidad individualizadora. Mas no había aún nombres para aquellos retratos de *En un vasto dominio*, tan llenos, sin embargo, de calidísima palpación existencial.

Al cabo se han impuesto, y bien pronto, algunos de los resortes más caracterizados del talante humano y poético de Aleixandre; y ellos han conducido, por modo natural, al título identificador, al nombre absoluto y redondo encabezando el poema, operación que en sí rubrica y da unidad al nuevo libro. He aquí varios de esos resortes, seguidos de la mención de algunos textos ilustrativos de *Retratos con nombre*: el gusto en el poeta por la rigurosa delimitación situacional ("El abuelo", "Imagen postrera. Carles Riba"), su devoción a la amistad (Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Max Aub, Jorge Guillén, Amparo y Gabriel Celaya. . .), su admiración encendida por esa faena de progresivo enriquecimiento que es el existir y el hacer ("Cumpleaños", "La obra del albañil"), su parejo entusiasmo por aquellos que la abordan gozosamente, desde el conocimiento entrañable o desde la callada anonimia ("Don Rafael o los reyes visigodos" al lado de "Sin nombre"), su voluntad y capacidad de trascender la mera superficie de la visible realidad humana (*Cuatro retratos en un mismo fondo*: "Una equilibrista", "Un malabarista", "Una amazona", "Un payaso"). Y todo ello auxiliado por ese movimiento lento, penetrante e incisivo —virtud y peligro a un tiempo— del verso aleixandrino. Y más arriba, la precisión implacable de una memoria prodigiosa empujando hacia lo hondo el agujijón despacioso del verso. El resultado de tantos felices condicionantes son estos *Retratos con nombre* ("pequeña epopeya de la memoria viva", como le ha llamado en frase afortunada Javier Alfaya), de los cuales se acaba de adelantar libremente algunos títulos y motivaciones. Y dígase que sin propósito clasificador aunque cada uno se haya acogido respectivamente a un estímulo particular por simples razones de ejemplificación. La verdad es que todos esos móviles actúan sin exclusividad apenas en la totalidad de los textos del libro.

Como introducción Aleixandre ha escrito un prieto poema ("Diversidad temporal"), que está a la altura, en intención y calidad, a análogos de *En un vasto dominio* ("Materia humana", "Materia única", etc.), aunque acaso aventajándoles en concentración. Por ese poema conocemos explícitamente lo que de otra forma tendríamos que entrelinear del libro, de aquí que arroje una oportuna luz sobre el conjunto y sea otro gesto de caritativo acercamiento por parte del autor. Y más cuando allí se contiene, en síntesis, la matriz de su actual visión poética del mundo. En primer lugar, la exaltación de la conciencia del hombre como cumbre y resumen

de una sustancia o materia básica, indivisa en su origen. Y, en consecuencia, la profunda unidad de todos los destinos humanos que podrán así verse como expresiones de una realidad continua, única y plural en su flujo y reflujo (tal como las olas del mar o las lenguas del fuego, que son por su recta equivalencia las imágenes aquí más recurrentes), el cumplimiento de cuyos avatares dará en suma la dimensión experimentable por el hombre del tiempo universal. Tema, podrá pensarse, más propio para la especulación pura, para el goce intelectual. Pero Aleixandre, de verbo concreto y generoso, quiere librar su enseñanza de toda posible aridez, haciéndola jugosamente poética, y precipita sin contención enumeraciones nominales y verbales que con su dinamismo arman casi cinematográficamente el telón de fondo temporal donde habrán de proyectarse después las figuras:

*Esa mano, esa ropa, el pie, el gemido, el brillo,  
sus besos numerosos, su muerte, el rey, las cuevas,  
el orden voluntario, pues hijo es él del hombre.  
Como unas olas rompen y abren: playa, historia.  
Lo que él hizo está hecho y lo que quiso puede.  
La situación se ocurre, perece, salva, dice,  
predice, y el mañana ya luce, y son auroras.*

Sólo recortados sobre esta común perspectiva cada retrato cobrará más tarde su total relieve. Poemas son para leer con la vista —la morosidad descriptiva es, no obstante, un riesgo que hay que salvar a veces en la lectura— pero aún más con el entendimiento aguzado para penetrar con el poeta en esa realidad trascendida que nos abre. Ética y metafísica, de honda estirpe existencial, nos esperan en todo momento. A veces como manchas de sombra que dan realce a la precisa luz histórica de estas siluetas, otorgándoles su claroscuro trascendente más noble; otras expresadas en forma ceñida y lapidaria. Pero nunca como instancias dogmáticas; siempre vivas, vividas, adheridas indisolublemente a la realidad de donde emergen, y a cuya resistente permanencia sirven tan bien estos poemas. De los oscuros albañiles que construyen la humana vivienda ha escrito Aleixandre en uno de ellos:

*Manos que levantaron esa verdad ahí dicha.  
Manos que pronunciaron con lentitud, completas.  
Hombres fundamentales y fundadores, dueños  
del fuego que ahí otorgan: el hogar a los hombres.*

Por todo (desde el objetivo y los logros conseguidos hasta el mismo *tempo* lento del esfuerzo que aquí se destaca), estos versos pueden volverse, con entera justicia, al autor de *Retratos con nombre*. También es el poeta ese hombre fundamental y fundador que ayuda a levantar el hogar de sus prójimos.

JOSÉ OLIVIO JIMÉNEZ.